



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2014, Manuel L. Alonso

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-042-8

Depósito legal: M-37.844-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: octubre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Sin miedo**

Manuel L. Alonso

Ilustración de cubierta de Elena Odriozola

loquele<sub>o</sub>



*No recibimos la sabiduría; debemos descubrirla por nosotros mismos después de un viaje a través de lo inexplorado que nadie puede realizar por nosotros.*

*Marcel Proust*



Aun antes de acercarse a los otros chicos, Víctor supo que habría problemas. Siempre los había.

9

Desde su llegada a aquel barrio, había estado evitando salir a la calle. Esa mañana de principios de julio, animado por su madre, reunió por fin el valor necesario para acercarse a la plazuela que veía desde su ventana. Era poco más que un ensanchamiento de la calle: unos bancos, un poco de césped, una palmera.

Allí estaban, seis o siete más o menos de su edad, unos once años, discutiendo a gritos sobre fútbol.

Él era pacífico por naturaleza, de piel pálida y grandes ojos que a pesar suyo dejaban traslucir sus sentimientos. Enseguida comprendió que los otros eran de los que disfrutaban con los juegos violentos, exagerando los gestos y forzando la voz para parecer más mayores. Seguro que les caería antipático.

Estuvo a punto de pasar de largo, arrepentido de haberse acercado, pero uno de ellos le llamó:

—¡Tú! ¡Ven aquí!

Víctor pensó en las palabras de su madre, pocos minutos antes:

—No puedes pasarte en casa todo el verano. Anda, sal, en esta zona no hay ningún peligro.

10 Ojala tuviera razón.

Se volvió despacio. El que le llamaba era el más alto del grupo, uno con la cabeza enorme y cuello de toro. Víctor pensó que seguramente era el matón del barrio.

—¿Qué haces en nuestro territorio?

Se encogió de hombros.

—Vivo aquí. En la esquina.

—Seguro que es un espía —dijo otro de los chicos—. Vamos a darle una lección.

—¿Quién te ha dado permiso para pasar por nuestra calle? —preguntó el que había hablado primero.

—Enséñale quién manda, Vidal —le animó el otro.

Por un instante, Víctor consideró la posibilidad de salir corriendo. No era buena idea: tenía que vivir



allí, y una y otra vez volvería a encontrarse con ellos. Todo dependía de cómo actuase en ese momento.

El llamado Vidal le cogió por un brazo apretándole el bíceps con fuerza. Quería asustarle, o ponerle a prueba.

—¿Eres un espía? ¿Sabes lo que hacemos nosotros con los espías?

—Déjame en paz —pidió Víctor.

11

El miedo hizo que le fallara la voz. Los otros se dieron cuenta y empezaron a reírse. Víctor comprendió que si no se producía un milagro tendría que acabar peleando. Y las peleas se le daban mal. La idea de hacer daño a alguien le ponía tan enfermo como la de que se lo hicieran a él. No podía entender que aquellos chicos encontrasen divertido actuar como una jauría de perros, que ataca cuando detecta el miedo.

Vidal le puso el puño en la nariz y empujó sin compasión aplastándola. Alguien sujetó a Víctor desde atrás. Otro le golpeó con el pie en las corvas haciendo que se le doblaran las piernas, y por poco no quedó de rodillas en el suelo.

Apenas oyó la voz que intervenía, a varios pasos de distancia:

—Ya vale.

Le soltaron y vio que todos se volvían hacia uno que se acercaba despacio, con las manos en los bolsillos.

—Todos contra uno, cobardes. ¿Por qué no intentáis pegarme a mí?

12 No era más fuerte ni más mayor, pero se atrevía a desafiarlos y estaba claro que lo conocían. Víctor pensó que estaba loco y que acabarían zurrándoles a los dos.

—Tú no te metas —murmuró Vidal.

El recién llegado estaba tranquilo. Ni siquiera había sacado las manos de los bolsillos. Víctor comprendió que escondía algo, posiblemente una navaja. Solo así se explicaba su valor para enfrentarse con todos.

—Ya arreglaremos cuentas —dijo Vidal retrocediendo.

—Cuando quieras.

Había algo en él que lo hacía diferente a los demás. Su ropa era vieja, llevaba unas sandalias que le dejaban marcas de suciedad en los pies. Tenía el pelo rapado y una cicatriz en la frente.

Hizo un gesto a Víctor ordenándole que le siguiera.

Tomaron por una calle transversal hacia la carretera que marcaba uno de los límites del barrio. Desde allí, Víctor podría volver a su casa dando un rodeo.

Al cabo de un par de minutos de caminar en silencio, el otro señaló con un gesto hacia la siguiente travesía.

—Yo me voy por ahí.

Víctor titubeaba entre el impulso de darle las gracias y el temor de que el otro se burlase si lo hacía. Finalmente optó por limitarse a decir:

—Me llamo Víctor.

La única respuesta fue un encogimiento de hombros. Sin una mirada de despedida, el desconocido le dio la espalda y se alejó.

Víctor echó a correr hacia su casa.

Como todos los que tienen un secreto, Víctor vivía con miedo.

Le habría resultado muy difícil expresar ese miedo con palabras, pero no por ello era menos real e intenso. Tenía miedo de ser descubierto, de que sus padres comprendieran que él ya no era el niño que ellos creían conocer. Miedo a las miradas

demasiado penetrantes de algunos adultos. Miedo a no gustar, a ser rechazado, al ridículo.

Sobre todo, tenía miedo de los otros niños, los normales, los que se afirmaban con gritos, amenazas e insultos, los que eran capaces de pelear o de martirizar a otros más débiles.

14 Para ocultar su miedo, fingía ser lo que no era, imitaba a los demás ocultando su sensibilidad y su necesidad de ternura. Pero la hipocresía que se había impuesto chocaba con su orgullo causándole un gran sufrimiento.

Aún no había aprendido que todo pasa, también lo malo, y se figuraba que toda su vida sería como lo era en los peores instantes: siempre el miedo, la vergüenza, las preguntas sin respuesta.